

David Pastor Vico Era de idiotas

Educar en la confianza
para crecer en sana
convivencia



Ariel

David Pastor
Vico

Era de idiotas

Educación en la confianza
para crecer en sana
convivencia

Ariel



Primera edición: octubre de 2024

© David Pastor Vico, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

© de esta edición Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3797-5
Depósito legal: B. 15.647-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Antes de empezar</i>	13
LOS NIÑOS YA NO JUEGAN	
El perrete	21
«Tengo un vecino tonto»	24
Confiar es dar carta de igualdad	27
El otro y la otredad	31
La falta de confianza interpersonal	36
Si no juega con otros no se mueve.	40
Si no se mueve no actualiza sus capacidades.	46
Si no se relaciona no aprende	53
Si no se relaciona tampoco descubre.	60
Si no descubre no piensa, o piensa poco y mal. . . .	64
Si no aprendes a pensar bien, no esperes que sea feliz.	73
«Hijos del agobio».	80
LA ERA DE LOS IDIOTAS	
¿Desde dónde estás viviendo la historia?	87
Ahora abre un poco los ojos.	89
¿Y desde 1789 a hoy?	93
¿Estamos buscando bien?	98
«Estamos hundiéndonos en una edad de hierro planetaria»	101
Respiremos un poco juntos	104

Sobre los optimistas.	107
Un mundo, sí, pero a varias velocidades.	111
Lo prometido es deuda.	113
Las deudas siempre se pagan.	119
<i>E se os brasileiros quiserem ser como os noruegueses?</i> ...	128
Disfrutamos a costa de quien no sabe cómo pasar de mañana.	132
¡Champán para todos!	136
El futuro, de existir, solo será bueno para unos pocos.	140

«NO TENEMOS FUTURO SI NO COLONIZAMOS

LAS ESTRELLAS»

Mira hacia arriba.	147
«Espero lo mejor. No tenemos otra opción».	150
Tú no, tú no, tú no y tú tampoco.	153
¿Y si nosotros también somos un recurso por explotar?	159
El todo es más que la suma de las partes.	162
<i>Nosotros</i> : el verdadero «capital humano».	166
Finlandia, el país más feliz del mundo.	169
Esto sí que son «milagros» y no los de...	172
<i>Peliaika on pyhä</i>	175
Entonces, a mejores calificaciones, ¿más felices seremos?	181
Ser el mejor no siempre es lo mejor.	183
Buscándole ruido al chicharrón.	188
Hay niños que sí juegan, pero tú no lo sabes.	195

DEUS EX MACHINA

La esperanza es lo último que se vende.	203
Dejemos de hacer trampas.	209
La utopía científica.	212
Investigación = Conocimiento = Poder.	220
¿Te huele a trama oculta y conspiración?	224
Otro vergonzoso ejemplo.	227

Seamos optimistas: «confiemos en el animal humano»	230
El renacer de los viejos fantasmas	235
El coste de la desconfianza	243
Ya hemos trabajado juntos para salvarnos	249
«La extinción es la regla. La supervivencia es la excepción»	255
La última en la frente	260
Acabando	264
<i>Bonus track</i>	267
<i>Agradecimientos</i>	273
<i>Notas</i>	275

LOS NIÑOS YA NO JUEGAN

La forma de ser del alma de tres, cuatro, cinco y hasta de seis años necesita de juegos, [...] Los de esa edad tienen algunos juegos espontáneos que prácticamente descubren por sí mismos cuando se juntan.

PLATÓN, *Las leyes*

No obligues por la fuerza a los niños en su aprendizaje, sino edúcalos jugando, para que también seas más capaz de divisar aquello para lo cual cada uno es naturalmente apto.

PLATÓN, *La república*

A los niños se les debe excitar al movimiento empleando diversos medios, sobre todo el juego, [...] y así sus juegos deben ser en general ensayos de los ejercicios a que habrán de dedicarse en edad más avanzada.

ARISTÓTELES, *Política*

El perrete

Nunca me han gustado los perros pequeños y regordetes, y mucho menos esos a los que llaman *pugs* que no sabes si vienen o se van, porque son paquetitos de manteca y huesos sin forma alguna y tienen el hocico igual de negro que su propio culo. Los nuevos inquilinos tienen uno de esos. Llevan un par de meses en la vecindad y su hijo es el encargado de pasearlo, algunas veces.

Cuando sale, en una mano lleva la correa, con la que arrastra al pobre animal por los jardines, y también la bolsa para recoger las cacas del interfecto. En la otra mano, como una extensión de sus dedos, el teléfono móvil siempre hipnótico, como un punto fijo y absoluto, justo a un palmo de sus ojos, en la línea perpendicular que traza su cabeza agachada y sus pies.

No le gusta pasear al perrete, es obvio, a mí tampoco me gustaría, pero lo hace porque tiene doce años y así se lo habrán pedido sus padres a cambio de cualquier otra cosa que seguro le complace mucho más. Hace unos días, mientras miraba distraído por la ventana lo vi arrastrando al perro, otra vez. Llevaba la bolsita de los excrementos llena, pero en vez de ir hacia los contenedores de basura de la entrada del residencial, se dirigía a la puerta de su edificio pasando, sin saberlo, justo ante mis narices. En un momento se detuvo y con total indolencia intento dejar la bolsa de mierda de su perro entre las hojas de los arbustos bajo mi ventana. Y la abrí.

Le interpele que no lo hiciera, que ese no era el sitio. Y el niño de doce años me miró como si tuviera doce años más que yo, como si fuera a dictar mi sentencia de muerte, me miró como jamás lo hizo mi padre en todos los años de mi vida. No se movió, no dejó de mirarme fijamente, desafiante, arrogante y en su sitio, con ambos pies bien plantados mientras el perro rezongaba como un cerdo vietnamita a su alrededor. Aquel era un duelo digno de John Ford, e igual de estúpido que cualquier otro enfrentamiento entre humanos, tengan la edad que tengan.

Y se lo repetí.

Con el mismo tono, sí. Con la misma intensidad, con la misma mirada tranquila y sabedor de que era la primera persona en su vida que le había dicho un «no» de verdad y sin posibilidad de negociación, sin transigir, sin una sonrisa complaciente o misericorde, sin querer evitar el daño irreparable de ese «no» en su tierna psique de puberto sobreprotegido.

Lo conseguí, o eso creí en ese momento.

No pudo seguir con su pose de tipo duro, de Harry Callahan* con un ojo a medio cerrar, calculando cuántas balas le quedaban en el tambor del Magnum 44 dispuesto a descerrajarme un plomazo entre ceja y ceja. Agarró la maldita bolsa de mierda y se alejó de mi vista obviándome con el mayor de los desprecios posibles.

No tengo ni idea si fue al contenedor de basura a tirarla: no lo creo. En una esquina de su edificio se amontonaron varios días seguidos las bolsitas de caca de perro, hasta que una circular de la administración exhortó a los dueños de los perros de la vecindad a tirarlas en los contenedores de basura color gris que están en la entrada del residencial.

* Si no sabes quién es Harold Francis «Harry el Sucio» Callahan, te invito a que lo investigues y te deleites con uno de los personajes de ficción más políticamente incorrectos de la historia del cine y, como no es real, siempre podrás usarlo como excusa moral para tu regocijo culposo.

Ahora son los padres del mocoso los que pasean al pobre y obeso *pug*.

Casi no lo he vuelto a ver, y cuando lo hago, es porque está sentado en algún rincón de los jardines con los ojos clavados en su teléfono inteligente, como el resto de los niños de edades semejantes, hijos e hijas de mis vecinos, que muy de tarde en tarde salen a la fuerza, para que al menos les dé un poco de sol en la nuca.

No se miran, no se hablan, y por supuesto no saben sus nombres ni a qué se dedican los padres de unos y otros, tampoco yo lo sé. Así que de jugar juntos, mejor ni hablamos.

«Tengo un vecino tonto»*

Lo que nunca nos atrevemos a pensar es que posiblemente él piense lo mismo de nosotros y también haga de tripas corazón por tener que estar a nuestro lado aguantando nuestras estupideces y miserias. Pero si al leer esto inmediatamente has pensado: «No, yo no. Yo soy fantástico, yo meo Chanel número 5 y cago pétalos de rosa, así que el que le hace un favor estando a mi lado soy yo», no lo dudes más, los cretinos somos el resto de los habitantes del planeta que no nos hemos dado cuenta de lo maravilloso que es compartir este universo con alguien como tú, imbécil.

No sé qué piensas al respecto, pero pareciera que el concepto de vecindad fuera algo que cada vez nos pesara más, así que, si se nos presenta la oportunidad adecuada procuramos que nuestras viviendas estén lo más aisladas, y a ser posible separadas, de las de los demás. No es gratuito, por tanto, que los áticos o *penthouse* sean los departamentos más caros de los edificios de postín, aunque miren a la trasera de otro más grande y lujoso o a un arrabal de viviendas misera-

* Tanto el título de este capítulo como el texto de arranque pertenecen a un artículo que escribí en junio del año 2011 en una columna de opinión que se publicaba en *El Periódico de Utrera*, del Grupo Vocento. Te reconozco que no me costó pocos disgustos, pero ya en aquel momento tenía claro cuáles eran los problemas en los que había que intervenir, aunque fuera tan solo para evidenciarlos.

bles. No tener a nadie viviendo sobre nuestras cabezas es un *plus* que pagan todos aquellos que pueden hacerlo, con tal de disfrutar de este privilegio aspiracionista tan anhelado de escalar puestos en la sociedad. Y es que lo «ideal», sin duda, es una casa individual, pero a medida que nuestras posibilidades económicas se reducen, el número de vecinos con los que debemos compartir paredes se va multiplicando exponencialmente.

Si por muchos de nosotros fuera, gustosos nos iríamos a vivir a lo alto de una montaña, o a un bosque perdido, o a una isla en mitad del atlántico siempre, por supuesto, que no tuviéramos que renunciar a los parabienes de la modernidad, con tal de no tener que soportar el ruido de los tacones de nuestras vecinas de arriba, oír cómo usan el baño todas las mañanas los de al lado, el llanto de sus hijos cuando son pequeños o el insoportable ruido de sus fiestas. Asumimos que todas estas molestias son el precio por pagar, amén del alquiler o la hipoteca y los impuestos derivados de la propiedad, por vivir donde podemos y siempre deseamos tener un poco más de dinero para, entre otras muchas cosas, mejorar nuestra calidad de vida que intrínsecamente va ligada a dejar de oír, o incluso de ver, a nuestros adorables vecinos. Y no te quepa la menor de las dudas; ellos piensan exactamente lo mismo de ti, porque «siempre somos el idiota de alguien».¹ ¿O no lo crees así?

A veces la convivencia vecinal se torna tan tediosa y extenuante que proliferan los administradores externos, esos ángeles de la guarda que evitan que los vecinos tengamos que cargar con la condena de ser presidentes, secretarios, tesoreros, vocales o cualquier otro cargo relativo a la gestión de los lugares comunes y la administración de los dineros de los espacios que nos ha tocado compartir. Cada país ha tenido que legislar al respecto e inventarse oficinas o dependencias públicas para estas cuestiones y, así, generar ordenanzas, instrumentos y estatutos de obligado cumplimiento para vigilar la correcta gestión administrativa y la buena convivencia de los

vecinos. Y todo es por nuestro bien, para evitar la aparición del aspirante a dictador o a alcalde vitalicio del condominio, para impedir que las manos largas hagan de las suyas o para que nadie decida unilateralmente abrir una puerta a la calle desde el salón de su casa en una tercera planta o hacer más grande la ventana del baño en un edificio de hormigón armado de ocho pisos. E incluso así, los juzgados se atascan de denuncias por todo tipo de tropelías y estupideces que, en la mayoría de los casos, se evitaría con una charla calmada entre iguales, siempre y cuando estos se reconozcan así entre ellos mismos. Y eso es parte del problema.

Si en tu país la respuesta a la pregunta *¿crees que se puede confiar en la mayoría de las personas?* es *sí* en la casi totalidad de las ocasiones que se formule, sin duda no estarás entendiendo casi nada de lo que te estoy hablando y serás noruego, sueco, finés o danés. Pero si eres de esa otra parte mayoritaria del mundo, como Latinoamérica, donde solo el 12 % de la población contesta *sí*,² o en España donde solo contestan afirmativamente 27 de cada 100, entonces sabrás perfectamente a qué me refiero con eso de tener un vecino tonto, aunque jamás te hayas dignado a cruzar con él más de tres palabras y a duras penas sepas cómo se llama.

El índice de confianza interpersonal es la respuesta afirmativa a esta pregunta y, desde hace ya varias décadas, es un termómetro bastante fiable de la salud y de la convivencia de una sociedad. Y sí, un buen dato es reflejo de una sociedad más sana, con una convivencia más fluida y civilizada, en definitiva, con menos «tontos», aunque ahora mismo no me quieras creer. Y ¡ojo!, recuerda siempre que es muy posible que él piense lo mismo de ti.

Confiar es dar carta de igualdad

Si lamentablemente te ha tocado, o has elegido como en mi caso, vivir en esta parte del mundo donde desconfiamos casi sistemáticamente de los demás, habrás percibido que este problema parece que se va acuciando con los años, y tienes toda la razón.

Fue en 1990 cuando se hizo uno de los primeros estudios de confianza interpersonal en algunos países latinoamericanos; por ejemplo, uno de los países que manifestó un dato especialmente positivo fue México con un porcentaje de confianza que ascendía al 30,2 % de la población.³ Esto es; 30 de cada 100 mexicanos afirmaban que sí se podía confiar en la mayoría de las personas (vecinos, compañeros de trabajo o de la escuela, o quien fuera, porque recuerda que todo aquel o aquella a quienes no reconocemos como nosotros es el otro, o sea, la mayoría de la gente). Este dato igualaba al país azteca con otros porcentajes similares y más actuales de países europeos como Portugal. Pero desde entonces este indicativo ha ido cayendo de manera constante situando hoy a México tan solo 6 puntos por encima de la media de confianza interpersonal de los países del sur de su propia frontera. En el 18 %⁴ según las cifras más optimistas y el 10,5⁵ según las más pesimistas. Muy lejos ya de Europa y de sus vecinos de arriba, que, aunque fluctuando y también a la baja,⁶ se situaban en el lapso de 2017 a 2020, en un más que honroso 37 %.⁷

Da la sensación, porque dudo que hayas oído hablar de este asunto antes de leerme, de que la confianza fuera un tema menor en la cultura europea y latinoamericana, pero resulta que los estadounidenses llevan desde antes de que el hombre pisara la Luna estudiando este fenómeno, y tienen la firme convicción de que un alto grado de confianza interpersonal eleva drásticamente los niveles de salud democrática de un país, baja los índices de corrupción, aumenta los niveles de inteligencia de la población y, ¡Santo Grial de la autoayuda!, hace que la gente que cohabita bajo la premisa de *sí se puede confiar en la mayoría de la gente* sea más feliz. ¿Cómo te quedas? Sé que igual que te han hecho creer que tu himno nacional es el segundo más hermoso después de la *Marsellesa*, también crees que tu país es, si no el más feliz, sí uno de los más felices del mundo, pero te invito a que dejes esas ideas en suspenso durante un rato, a ver a dónde llegamos.

Es lógico pensar que este asunto de la confianza, con el que ya llevo unos cuantos libros lidiando, y que también será el tema central de este ensayo, sea entonces como una especie de pegamento social, un aglutinante natural y consustancial a nuestra condición de animales humanos que posibilita la convivencia, la hace más grata y llevadera y, por extensión, aumenta nuestro interés y el sentido de la responsabilidad participando así de las acciones comunitarias, vecinales y, en definitiva, de la acción pública. Y a mayor participación ciudadana, mayor control de las acciones políticas de nuestros representantes y, por ende, mayor salud democrática y menor posibilidad de meter la mano en el dinero público. Y esto qué tiene que ver, te estarás preguntando ahora mismo, con ser más inteligentes o felices... ¿Será realmente cierto eso que afirma la filósofa española Adela Cortina de que «la confianza es el principal “recurso moral” de una sociedad»?⁸

Esto se va poniendo interesante: si no conoces a tu vecino, ya que no confías en la mayoría de las personas, y ocupa en tu entendimiento esa categoría de otro, ¿cómo sabes que es a todas luces tonto, o poco inteligente? ¿Has intentado,

por contrapartida, demostrarle alguna vez lo inteligente y confiable que eres tú?

Lamentablemente al animal humano, desconfiado y egoísta, se le puede hacer creer muy fácilmente que es especial y maravilloso, y más si en el fondo dudamos que no somos tan merecedores de estos halagos. Así esa palmadita en el hombro, ajena o propia, pero que tanto nos reconforta, borrará toda sospecha. Además, ya que la comparación con los demás es la forma más sencilla de desvelar este engaño de nuestra autopercepción miope, sacando al otro de la ecuación, de la posibilidad de un aprendizaje dialéctico, nos quedaremos con un sujeto solitario y endiosado de su propia individualidad irrepetible.

Así que creyéndonos únicos, y por alguna razón que aún se escapa de mis entendederas y que seguro tiene alguna explicación relacionada con la bioquímica de nuestros cerebros, acabamos asumiendo que ser únicos y diferentes nos hace ser especiales. Y ser especial, cuando se trata de uno mismo, es creerse mejor que los demás, a menos, claro, que seas una persona acomplejada y cargada de miedos, pero eso es otra historia.

En muchas ocasiones, para refutar fácilmente este silogismo tan egoísta y falaz, a mis alumnos les explico que el oro es valioso porque hay poco y cuesta mucho trabajo extraerlo (amén de lo bonito que le pueda parecer a algunos) y que, si este metal fuera tan abundante como lo son otros muchos y tan fácil de conseguir como estos, las latas de refresco bien podrían ser de oro, y no por ello dejaríamos de tirarlas a la basura. Si todos somos únicos e irrepetibles, ¿qué demonios hacemos enorgulleciéndonos de ello como si nosotros fuéramos los únicos originales y todos los demás clones idénticos de los otros? Si todos somos especiales, ¿qué carajo hay de especial en serlo?

Sí, es cierto, a pesar de lo dicho, todos somos diferentes, tanto como la composición única de cada una de las bolsas de basura que son quemadas por millones en los vertederos alrededor de las megaciudades del tercer mundo. Así que, esencialmente, esa diferencia nos hace iguales, igual de úni-

cos e irrepetibles, sí, ¿y qué tiene esto de valioso si no somos capaces de hacer nada realmente importante con nuestra individuación, con eso que nos hace especiales, si no hacemos más que imitar a los demás?

Confiar en el otro nos permite darnos cuenta de todo esto, conocer nuestras diferencias respecto a los otros y, sobre todo, reconocer atónitos lo mucho que se parecen nuestras percepciones del mundo y nuestros anhelos, nuestros miedos e inseguridades. Con el otro refrendamos la necesidad de sabernos partes de un todo que nos dé nuestro lugar, que nos entienda y asista, que nos permita darnos y desarrollarnos con los demás y descubrir que nuestro vecino no es tan tonto como creíamos, o por lo menos no mucho más que nosotros mismos.

Recuerda que, como dijo Adela Cortina, «nadie es capaz de descubrir en solitario qué es lo verdadero o qué es conveniente, sino que necesita entrar en un diálogo con otros para ir descubriéndolo conjuntamente».⁹

Confiar trasciende la barrera de los sentimentalismos. Los que nos dedicamos a la enseñanza sabemos que mal vamos si no somos capaces de ganarnos la confianza de nuestros alumnos, porque se cerrarán en sí mismos si no lo logramos, desconfiarán de nosotros y se negarán a aprender, tengan la edad que tengan. Todo se vuelve más difícil así y ¡ay! del profesor novato que no aprenda esto rápido, porque la autoridad no solo te la da el puesto, sino también aquellos a los que se te ha encomendado educar, y por mucho que Maquiavelo se empeñara en decir a su príncipe *«que es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos»*¹⁰ (cosas), en esto de enseñar el cariño y la confianza son nuestros aliados principales. La confianza en el otro, en el que te enseña, facilita el aprendizaje en cualquier situación y pronto lo verás... si aprendes, por supuesto, a confiar en mí y lo que te digo... ¡Pero cuidado! ¡Que tampoco confiar es un ejercicio de fe ciega!

Sigamos.